



Centro de Estudios Internacionales para el Desarrollo

[www.ceid.edu.ar](http://www.ceid.edu.ar) - [admin@ceid.edu.ar](mailto:admin@ceid.edu.ar)

Buenos Aires, Argentina

## AFGANISTÁN: LA GUERRA ETERNA

05/07/2011



**Miguel Ángel García Rodríguez\***

Corresponsal en Berlín de 

Convengamos que Alejandro de Macedonia ha sido el único que pudo presumir de haber conquistado Afganistán. Cuando allá por el año 238 a.C. pasó como un vendaval por las montañas de Bactria, llevándose de paso, a la bella Roxana, su primera esposa, puso por primera vez la remota región del Hindu Kush en la memoria histórica de Occidente.

Pero admitamos inmediatamente que Alejandro llegó, vio, venció... y se fue. Las cuevas de Tora Bora no invitaban a fundar ciudades con Ágora y Templo dedicado a Apolo.

---

\* *Licenciado en Ciencias de la Información y en Derecho. Es fijo de TVE, por oposición, desde junio de 1982. Se desempeñó en el Centro Territorial de Castilla y León desde su inauguración, llegando a ser el Responsable de Programación. En 1991 se trasladó a Madrid, donde ha sido reportero de los Servicios Informativos, primero en Telediarios, luego en el programa En Primera y más tarde como Subdirector del programa Directo Directo. Es corresponsal en Berlín de TVE desde 2007.*

Durante más de 20 siglos, las montañas de Aryana, lo que ahora conocemos como Afganistán fueron la pared que separó el Occidente y el Oriente conocido del Oriente de leyenda.

En una decisión absurda, que precipitó su sangría económica, el Kremlin soviético pensó hace 32 años que podría hacer desfiles triunfales por los inhóspitos parajes donde sólo circulaban rebaños de cabras conducidos por pastores perennemente envueltos en guerras tribales.

Ingenuamente, pensaron que unas fronteras artificiales, definidas por el imperialismo británico en la llamada "Linea Durand" en 1893 le daban la oportunidad de convertir un conglomerado de tribus, religiones y culturas guerreras en un estado satélite soviético.

10 años después, el resultado fue más de 10.000 muertos, decenas de miles de desertiones, una sangría económica insoportable y una retirada humillante pero sensata, dejando el precario equilibrio de las tribus guerreras convertido en un campo de cultivo ideal para el germen del integrista religioso.

Si el "Soviet" hubiera hecho como Alejandro, (llegué, vencí, me fui), probablemente todo hubiera quedado en un episodio más de la turbulenta historia de una tierra primitiva. Pero los "soviets" no estaban interesados en las hermosas afganas de increíbles ojos verdes.

Tampoco G. W. Bush. Su único objetivo era, al parecer, un inquietante hombre de ojos marrones y, colateralmente, un hombre de un solo ojo. El fracaso de G. W. Bush fue estrepitoso: un fallo de cálculo comparable al "Mission Accomplished" de Lincoln sobre Irak.

Probablemente, si la caza de Bin Laden en Tora Bora, de donde se escapó por los pelos, hubiera tenido éxito, la historia habría cambiado. Los estadounidenses han demostrado hasta la saciedad que nadie les puede discutir el poderío tecnológico militar, pero son manifiestamente unos patosos en la guerra de guerrillas. Cegados por el éxito militar de la "Operación Sable del Desierto", pensaron, como los soviéticos, que bastaba ocupar de forma aplastante un territorio para cantar victoria.

Pero las montañas de Afganistán no son los desiertos de Irak o Kuwait y "la madre de todas las batallas" en esos lugares no es una bravuconería de un fanfarrón: es una frase literal. La vida en Afganistán en los últimos 25 siglos es una batalla diaria.

Cualquier estrategia militar medianamente sensato sabe que se puede ganar una guerra contra un ejército con otro ejército, pero no se puede ganar una guerra contra una idea sólo con un ejército. Y el término "talibán" no define un ejército sino una idea.

Obama parece haberlo comprendido. Y tras el asesinato de Bin Laden (gracias, otra vez, a su poderío tecnológico), es evidente que quiere aprovechar la oportunidad para salir del avispero.

¿Peligra todo lo logrado hasta ahora si las tropas de EEUU y de las ISAF se retiran? Desde luego. Pero corre más peligro todavía si la presencia extranjera se prolonga indefinidamente. La guerra de Afganistán es un círculo vicioso donde la presencia de un soldado extranjero alimenta la guerra que se quiere evitar convirtiéndola en una guerra eterna.

Convengamos que Alejandro el Macedonio, un insensato megalómano que hoy estaría ante un tribunal de guerra, tenía razón en una cosa: en Afganistán no hay lugar para un Ágora ni para un templo a Apolo ni mucho menos un templo a Atenea.